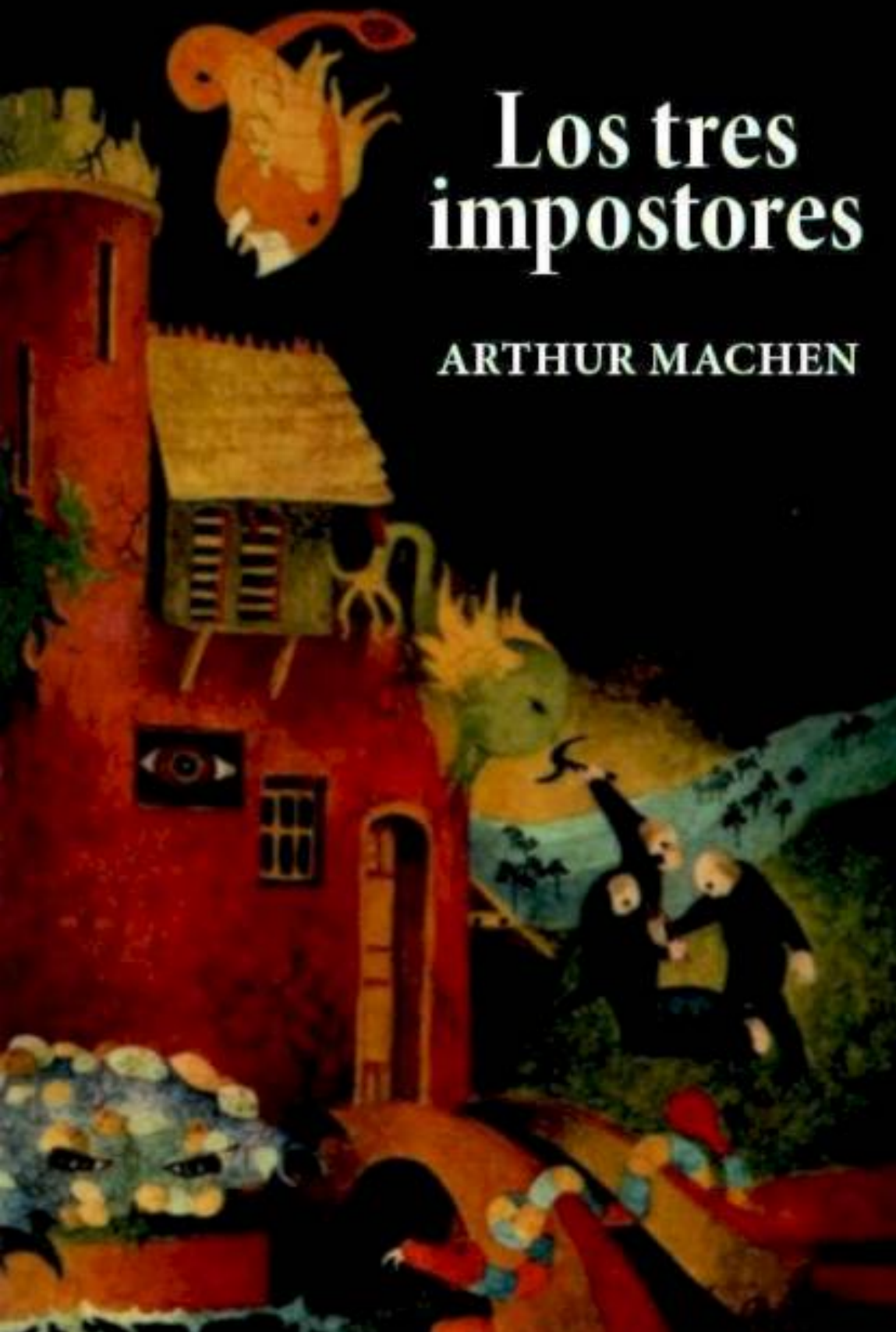


Los tres impostores

ARTHUR MACHEN



Londres, finales del siglo XIX. El joven burgués y aspirante a escritor Dyson es testigo de una desesperada persecución. Mientras perseguidor y perseguido se alejan, el segundo deja caer un objeto brillante al suelo. Dyson visita a su amigo Charles Phillips, quien le revela que la pieza es un Tiberio de oro, una moneda romana de gran valor histórico.

A partir de ese momento y en el transcurso de pocos días, Dyson y Phillips conocerán a cinco extraños personajes que narran aterradores y turbios relatos de sus vidas que, a modo de rompecabezas, formarán una absorbente trama envuelta por un estremecedor halo de misterio.

Biblioteca personal Jorge Luis Borges

Colección dirigida por Jorge Luis Borges
(con la colaboración de María Kodama)

A lo largo del tiempo, nuestra memoria va formando una biblioteca dispar, hecha de libros, o de páginas, cuya lectura fue una dicha para nosotros y que nos gustaría compartir. Los textos de esa íntima biblioteca no son forzosamente famosos. La razón es clara. Los profesores, que son quienes dispensan la fama, se interesan menos en la belleza que en los vaivenes y en las fechas de la literatura y en el prolijo análisis de libros que se han escrito para ese análisis, no para el goce del lector.

La serie que prologo y que ya entreveo quiere dar ese goce. No elegiré los títulos en función de mis hábitos literarios, de una determinada tradición, de una determinada escuela, de tal país o de tal época. Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer, dije alguna vez. No sé si soy un buen escritor; creo ser un excelente lector o, en todo caso, un sensible y agradecido lector. Deseo que esta biblioteca sea tan diversa como la no saciada curiosidad que me ha inducido, y sigue induciéndome, a la exploración de tantos lenguajes y de tantas literaturas. Sé que la novela no es menos artificial que la alegoría o la ópera, pero incluiré novelas porque también ellas entraron en mi vida. Esta serie de libros heterogéneos es, lo repito, una biblioteca de preferencias.

María Kodama y yo hemos errado por el globo de la tierra y del agua, hemos llegado a Texas y al Japón, a Ginebra, a Tlebas, y, ahora, para juntar los textos que fueron esenciales para nosotros, recorreremos las galerías y los palacios de la memoria, como San Agustín escribió.

Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo, hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos. Ocurre entonces la emoción singular llamada belleza, ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica. La rosa es sin por qué, dijo Ángelus Silesius; siglos después, Whistler declararía El arte sucede.

Ojalá seas el lector que este libro aguardaba.

Prólogo

A principios de lo que un historiador holandés llamó, indefinidamente, la Edad Moderna, cundió por toda Europa el nombre de un libro, De tribus Impostoribus, cuyos protagonistas eran Moisés, Jesucristo y Mahoma, y que las alarmadas autoridades querían descubrir y destruir. Nunca dieron con él, por la suficiente razón de que no existía. Ese libro quimérico ejerció un influjo considerable, ya que su virtud residía en el nombre y en lo que involucraba ese nombre, no en las ausentes páginas.

Como aquel otro escándalo, este libro se llama Los tres impostores. Arthur Machen lo escribió a la sombra de Stevenson, en un estilo que parece fluir, digno de su declarado maestro. La acción transcurre en aquel Londres de posibilidades mágicas y terribles que por primera vez nos fue revelado en las New Arabian Nights y que Chesterton exploraría mucho después en las crónicas del Padre Brown. El hecho de saber que los relatos de los tres personajes son imposturas no disminuye el buen horror que sus fábulas comunican. Por lo demás toda ficción es una impostura: lo que importa es sentir que ha sido soñada sinceramente. En otros libros —The House of Souls, The Shinning Pyramid, Things Near and Far— sospechamos que Machen no cree del todo en lo que nos cuenta; no así en las páginas que siguen en el melancólico Hill of Dreams. En casi todas ellas, como en ciertos textos y en el Quijote, hay sueños adentro de sueños, que forman un juego de espejos. A veces condesciende al aquelarre; la corrupción del espíritu se manifiesta por la corrupción de la carne. Machen inventó la le-

yenda de los Angeles de Mons, que en cierto duro trance de la primera guerra mundial salvaron a las fuerzas británicas. Esa leyenda es ahora parte de la mitología popular y anda en boca de gente humilde que nada sabe de él. Perdurar más allá de su mero nombre le hubiera complacido.

Tradujo del francés los doce tomos de las no siempre verídicas y no siempre licenciosas Memorias del veneciano Casanova.

Arthur Machen (1863-1947) nació en las serranías de Gales, fuente de la matiére de Bretagne, que pobló de sueños la tierra.

Las literaturas encierran breves y casi secretas obras maestras; Los tres impostores es una de ellas.

PRÓLOGO

—¿Y Mr. Joseph Walters se quedará toda la noche? —preguntó el hombre pulcro y bien afeitado a su acompañante, un individuo de aspecto no muy cuidado, cuyos bigotes color jengibre iban a confundirse con un par de patillas que le llegaban al mentón.

Esperaban ante la puerta de la casa, sonriéndose el uno al otro con aire maligno. Un momento después una muchacha bajó corriendo las escaleras y se unió a ellos. Era muy joven, de cara graciosa e interesante, ya que no hermosa, y de ojos pardos y brillantes. Llevaba en la mano algo envuelto en un papel y se rió con sus amigos.

—Deje usted la puerta abierta —dijo el hombre pulcro al otro cuando salían—. Sí, por... —prosiguió, con un atroz juramento—, dejaremos entreabierta la puerta. Tal vez quiera tener compañía.

El otro miró en torno, titubeando.

—¿De veras le parece prudente, Davies? —preguntó, con la mano puesta en la aldaba vieja y gastada—. Creo que a Lipsius no le gustaría. ¿Qué dice usted, Helen?

—Estoy de acuerdo con Davies. Davies es un artista y usted, Richmond, un hombre vulgar y un poco cobarde. Dejemos la puerta abierta, por supuesto. ¡Qué lástima que Lipsius haya tenido que irse! Se hubiera divertido mucho.

—Sí —respondió el elegante Mr. Davies—. Para el doctor fue una pena que lo mandasen llamar del Oeste.

Salieron juntos, dejando entreabierta la puerta del salón, que estaba rajada, consumida por el hielo y la humedad. Se detuvieron un instante bajo el ruinoso soportal de la entrada.

—Bueno —dijo la muchacha—. Por fin hemos acabado. Ya no tendremos que correr tras las huellas del joven de anteojos.

—Estamos en deuda con usted —le respondió amablemente Mr. Davies—. Lo dijo el propio doctor antes de irse. Pero ¿acaso no nos quedan por hacer a los tres unas cuantas despedidas? Por mi parte, delante de esta mansión pintoresca y deshecha, me propongo decirle adiós a mi amigo Mr. Burton, comerciante de antigüedades y objetos curiosos —y quitándose el sombrero, se inclinó con un gesto exagerado.

—Y yo —dijo Richmond— me despido de Mr. Wilkins, secretario privado, cuya compañía, debo confesarlo, empezaba a ser algo aburrida.

—Adiós a Miss Lally y también a Miss Leicester —dijo la muchacha, haciendo una deliciosa reverencia—. Adiós a toda la extraña aventura. Ha terminado la farsa.

Mr. Davies y la joven parecían llenos de una torva alegría. Richmond, en cambio, se atusaba nerviosamente el bigote.

—Me siento un poco trastornado —dijo—. Peores cosas he visto en los Estados Unidos, pero ese ruido que hizo, como si gritara, me dio una especie de náuseas. Y el olor... Pero siempre he sido de estómago delicado.

Alejándose de la puerta, los tres amigos se pusieron a ir y venir despacio por lo que había sido un camino enarenado, ahora lodoso y cubierto de musgos. Era un espléndido atardecer de otoño y el sol hacía brillar tenuemente los muros amarillos de la vieja casa abandonada, iluminando trozos de gangrenoso deterioro, así como todas las manchas, las señales negras de la lluvia y las cañerías rotas, los desgarrones en que asomaban ladrillos desnudos, el llanto verde de un pobre laburno al lado del porche y, cerca del suelo, los corrimientos de la arcilla sobre los ruinosos cimientos. Era una construcción curiosa y destartalada; la parte central, con un tejado en el que sobresalían varias buhardi-

llas, tendría unos doscientos años y se prolongaba en dos alas de estilo georgiano; en ambas, dos grandes ventanales arqueados llegaban a la planta alta y remataban en cúpulas de vidrio, que una vez estuvieron pintadas de un verde reluciente y ahora eran grises y opacas. Sobre el camino, entre la espesa bruma que se levantaba del suelo arcilloso, se veían pedazos de urnas destrozadas; los arbustos intrincados y deformes, que habían crecido sin cuidado alguno, despedían olores profundos y perversos, y en toda la casa abandonada la atmósfera evocaba la idea de una tumba abierta. Los tres amigos miraron con desánimo las ortigas y las malas hierbas que se apretaban donde antes crecieran el césped y los macizos de flores y, en medio de ellas, un tristísimo estanque, ya no cubierto de nenúfares, sino de una hez verde y aceitosa. En el centro del estanque, sobre las rocas, un tritón enmohecido soplaba en su caracola rota y más allá, pasando la verja hundida y los prados lejanos, se hundía el sol, rojo y resplandeciente, entre los bosques de olmos.

Richmond se estremeció y dio una patada en el suelo.

—Más vale que nos vayamos —dijo—. Ya nada tenemos que hacer aquí.

—No —respondió Davies—. Hemos terminado, por fin. Durante un tiempo creí que nunca lograríamos apoderarnos del caballero de los anteojos. Era muy astuto, pero al final, ¡Señor!, se vino abajo de mala manera. Les aseguro que lo vi palidecer cuando le toqué el brazo, en la taberna. Pero ¿dónde lo habrá escondido? Los tres podemos jurar que no lo llevaba encima.

La muchacha se echó a reír y ya se alejaban cuando Richmond se detuvo, sobresaltado.

—¡Ah! ¿Qué lleva usted ahí? —gritó, volviéndose a la joven—. Mire, Davies, mire usted: está chorreando y goteando.

La muchacha puso los ojos en el paquete que llevaba en la mano y apartó un poco el papel.

—Sí, miren los dos —dijo—, es mi propia idea. ¿No les parece que irá muy bien en el museo del doctor? Viene de la mano derecha, la mano que se apoderó del Tiberio de oro.

Mr. Davies asintió, con un gesto de decidida aprobación, y Richmond, levantando el feo sombrero hongo de copa alta con que se cubría, se pasó un pañuelo sucio por la frente.

—Me voy —anunció—. Quédense ustedes dos, si quieren.

Los tres dieron un rodeo por el sendero que iba a la caballeriza, pasaron ante los restos agostados del antiguo huerto y salieron a la calzada, tras atravesar el seto que había detrás de la casa. Unos cinco minutos más tarde, dos caballeros, a quienes el ocio traía a explorar estos alrededores olvidados de Londres, entraron paseando por el camino sombreado que llegaba hasta la entrada. Habían divisado la casa abandonada desde la carretera y, al observar la grave desolación del lugar, se pusieron a moralizar en un estilo noble en que se advertía la clara influencia de Jeremy Taylor.

—Mire usted, Dyson —decía uno de ellos mientras se acercaban—, mire usted esas ventanas de la planta alta; se está poniendo el sol y aunque los vidrios están llenos de polvo...

—El viejo marco incendia el mirador.

—Phillips —respondió el mayor y (no hay más remedio que decirlo) el más solemne de los dos amigos—, me dejo ganar por la imaginación; imposible resistir a la influencia de lo fantástico. Aquí, donde todo se hunde en la oscuridad y el decaimiento, mientras caminamos a la sombra de los cedros y hasta el aire que nos entra en los pulmones parece gastado, no puedo mantenerme ecuánime. Veo ese resplandor profundo en las ventanas y la casa entera queda encantada; esa habitación, se lo digo yo, está llena por dentro de sangre y de fuego.

CAPÍTULO I

LA AVENTURA DEL TIBERIO DE ORO

La relación entre Mr. Dyson y Mr. Charles Phillips surgió de uno de los infinitos azares que se presentan cada día en las calles de Londres. Mr. Dyson era un hombre de letras y un ejemplo lamentable de talento mal empleado. En efecto, aunque sus dones hubieran hecho de él, en la flor de la juventud, uno de los novelistas más solicitados de Bentley había preferido mostrarse intratable; poseía, sin duda, buenos conocimientos de lógica escolástica, pero todo lo ignoraba de la lógica de la vida y, si bien se otorgaba a sí mismo el título de artista no pasaba de ser un observador vago y curioso de las actividades ajenas. Entre sus muchas ilusiones abrigaba con mayor exaltación la de ser un trabajador infatigable; solía entrar con gesto de cansancio supremo en su lugar más frecuentado, una tabaquería de Great Queen Street, y proclamar ante quien quisiera escucharlo que había visto levantarse y ponerse el sol de dos días consecutivos. El dueño de la tienda, hombre de edad madura y singular cortesía, toleraba a Dyson, en parte llevado por su buen carácter y en parte porque era de sus clientes habituales. Le permitía sentarse en un barril vacío y exponer sus opiniones sobre cuestiones literarias y artísticas hasta cansarse o hasta que llegase la hora de cerrar; tal vez no atrajera nuevos clientes pero cabía suponer que su elocuencia no ahuyentaba a nadie. Dyson era muy dado a practicar experimentos impetuosos con el tabaco y no se cansaba de ensayar nuevas combinaciones; una tarde acababa de entrar a la tienda anunciando la última de sus fórmulas descabelladas cuando un joven, más o menos de su edad, que se ha-

llaba presente, pidió al dueño que le preparase a él la misma receta, al tiempo que dirigía a Mr. Dyson una sonrisa de buena educación. Dyson se sintió profundamente halagado y, tras cambiar unas cuantas frases, los dos se pusieron a charlar; una hora más tarde el tabaquero vio a los nuevos amigos, sentados lado a lado en sendos barriles, completamente enfrascados en la conversación.

—Mi querido señor —decía Dyson—: diré a usted, en dos palabras, cuál es la función del hombre de letras. Lo que debe hacer es esto y nada más: inventar una historia maravillosa y contarla de una manera maravillosa.

—Se lo concedo —respondió Mr. Phillips—, pero permítame usted señalar que, en manos de un verdadero artista de la palabra, todas las historias son maravillosas y cada incidente tiene su propio encanto. El fondo es de poca importancia, todo está en la manera. Más aún, la mayor habilidad consiste en elegir un asunto aparentemente vulgar y, gracias a la alta alquimia del estilo, transmutarlo en el oro puro del arte.

—Eso demuestra gran habilidad, por supuesto, pero aplicada tontamente o al menos con poco criterio. Es como si un gran violinista quisiera demostrarnos las armonías extraordinarias que puede arrancar del banjo que toca un chico.

—No, no, se equivoca usted de medio a medio. Veo que se hace usted una idea falsa de la vida. Pero esto tenemos que discutirlo. Venga usted a mi casa, vivo cerca de aquí.

Así fue como Mr. Dyson trabó relación con Mr. Charles Phillips, quien vivía en una plaza silenciosa no lejos de Holborn. A partir de ese día se visitaron mutuamente en sus apartamentos, a intervalos que podían o no ser regulares, y concertaron citas para reunirse en la tienda de Queen Street, donde su charla robó al tabaquero la mitad del placer que le dejaban sus ganancias. Libraban entre ellos un interminable combate de fórmulas literarias: Dyson exalta-

ba los derechos de la imaginación pura, mientras que Phillips, estudioso de las ciencias físicas y también un poco etnólogo, insistía en que toda literatura debe asentarse sobre una base científica. Gracias a la extraviada benevolencia de parientes fallecidos, ambos jóvenes se hallaban fuera del alcance del hambre y, meditando altas empresas, pasaban la vida en un ocio agradable, saboreando las despreocupadas alegrías de una bohemia a la que faltaba la sal de la adversidad.

Una noche de junio, Mr. Phillips estaba sentado ante la ventana abierta en su tranquilo retiro de Red Lion Square, fumando plácidamente y mirando el movimiento de la calle. El resplandor de la puesta de sol se había demorado largo rato en el cielo claro. La luz rojiza del atardecer de verano, en lucha con los faroles de la plaza, formaba un claroscuro con algo de sobrenatural; los chicos que corrían de un lado a otro, los ociosos que tomaban el fresco, los transeúntes que pasaban apretando el paso, parecían figuras que revoloteasen suspendidas en un juego de luces más que seres de carne y hueso. En las casas del otro lado de la plaza fueron encendiéndose uno a uno varios rectángulos de luz; una silueta se perfilaba un momento contra las persianas y desaparecía, y esta magia casi teatral tenía por adecuado acompañamiento las fugas y adornos de una ópera italiana que unos pocos pasos más allá tocaba un organillo, sobre el profundo bajo continuo del tráfico de Holborn. Phillips disfrutaba de la escena y de sus efectos; la luz se desvaneció, la oscuridad ganó el cielo, la plaza quedó gradualmente en silencio, pero él siguió soñando frente a la ventana, hasta que lo hizo volver en sí el tintineo agudo de la campanilla y, al sacar el reloj, comprobó que eran pasadas las diez de la noche. Llamaban a la puerta y un instante después entró al salón el amigo Dyson quien, como era su costumbre, se arrellanó en una butaca y se puso a fumar en silencio.

—Usted sabe, Phillips —dijo por fin—, que siempre he defendido lo maravilloso. Recuerdo haberle oído decir, sentado en esa misma silla, que en literatura nadie debe utilizar lo increíble, lo improbable, la coincidencia extraordinaria, puesto que lo increíble y lo improbable no suceden en la realidad y las vidas de los hombres no están, en la práctica, conformadas por extrañas coincidencias. Observe usted que, aunque así fuera, no aceptaría yo su conclusión, puesto que para mí toda la teoría de la literatura como «crítica de la vida» no pasa de ser una sandez. Pero niego su premisa. Esta noche me ha ocurrido algo curiosísimo.

—Créame usted, Dyson, que me alegro de oírsele decir. No estaré, naturalmente, de acuerdo con sus razones, sean las que fueren, pero si tiene usted la bondad de contarme su aventura, lo escucharé con mucho gusto.

—Bueno, pues esto fue lo que pasó. He tenido un día de trabajo agotador. A decir verdad, apenas si me he movido de mi viejo escritorio desde anoche a las siete. Quería desarrollar esa idea que discutimos el martes pasado, sabe usted, la del adorador de fetiches.

—Claro que me acuerdo. ¿Y ha conseguido usted algo con ella?

—Sí. La cosa salió mejor de lo que esperaba. Con grandes dificultades, por supuesto, las angustias de siempre entre la concepción y la ejecución. En todo caso, terminé a eso de las siete de la tarde y tuve ganas de respirar un poco de aire fresco. Salí y me eché a vagar sin dirección alguna; tenía la cabeza llena de mi historia y apenas si me daba cuenta de por dónde caminaba. Me metí por esas calles tranquilas al norte de la calle de Oxford, yendo hacia el oeste, un barrio residencial de gentes de buen pasar, hecho de estuco y prosperidad. Di otra vez vuelta hacia el este, sin reparar en ello, y ya había anochecido cuando pasé por una callejuela apartada, mal alumbrada y desierta. No tenía en ese momento la menor idea de dónde me encontraba, aunque comprendí después que no debía ser lejos de To-

ttenham Court Road. Me paseaba distraído, disfrutando de la calma; caminaba junto a lo que debía ser la parte de atrás de uno de esos grandes almacenes, piso tras piso de ventanas polvorientas que se levantaban en la noche, arriba aquellos aparatos en forma de horca que sirven para izar mercancías pesadas y abajo las grandes puertas bien cerradas y trancadas, todo ello oscuro y con aire de desolación. Luego siguió un enorme depósito, una larga pared desnuda como el muro de una cárcel, el cuartel de un regimiento de voluntarios y, al final, un pasaje que iba a dar a un patio donde guardaban varios coches de alquiler. Casi podía decirse que era una calle deshabitada y apenas se veía una que otra ventana con luz. Justamente me sorprendía haber dado con una paz y oscuridad tan extrañas, y tan cerca de una de las avenidas más grandes y ruidosas de Londres, cuando oí los pasos de alguien que se acercaba a todo correr, y de un estrecho pasaje, un callejón o algo así, como lanzado por una catapulta, surgió ante mis narices un hombre, que, al pasar corriendo a mi lado, arrojó algo al suelo. Un instante después había desaparecido por otra calle, casi sin que yo me diera cuenta de lo ocurrido, aunque a decir verdad no me ocupaba de él pues mi atención estaba puesta en otra cosa. Le he dicho que arrojó algo; al menos vi algo que volaba por el aire, en una línea de fuego, y rebotaba sobre el pavimento. Me incliné instintivamente y me pareció ver una moneda brillante, como de medio penique, que rodaba cada vez más despacio hasta una boca de alcantarilla y bailaba un instante en el borde antes de desaparecer. Creo que grité con verdadera desesperación, aunque no tuviese la más mínima idea de lo que era; luego comprobé con alegría que, en vez de caer al fondo, la moneda había quedado entre dos barras de la rejilla. Me incliné a recogerla, me la eché al bolsillo y me hallaba a punto de seguir mi camino cuando volví a escuchar el ruido de una persona que venía a la carrera. No sabría decirle por qué lo hice, pero lo cierto es que entré de un salto en el ca-